

Sin cargo extra, incluye recordatorios de la revolución con tintes indiofernandezcos, entre pilas de muertos y soldaderas fofas. Hay borracheras en Chapultepec y la previsible presencia de las deidades al estilo Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Laberinto de las posdatas donde la urbanización de la *Ciudad de México* (pretexto para otro capítulo), como en el mejor cine de rumberas, aparece "lodosa", sobre todo cuanto el Poeta camina "por la calle negra de una ciudad perdida". Horror.

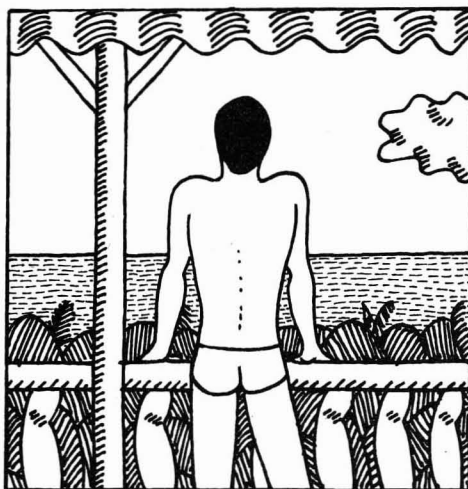
Aridjis se abisma en la alegoría inconsecuente y en la reiterada voluntad de auto-engañarse "poéticamente" ("cuando come, la mesa tiembla como una perra flaca"), lo que manifiesta hasta la aberración en el *pathos* de su poema *Patos*, donde las aves desvalidas pululan hambrientas y cruzan la calle "entre los coches" de una avenida seguramente espectral.

El capítulo dedicado a los *Desfiguros* hace honor a su título. Se compone de dieciséis prosas que acogen errores tan inocentes como reveladores de un afán localista que a estas alturas es ya muy sospechoso. Hay "un coche con placas de Morelia", pero como es ficción todo se vale; las placas de Morelia bien pueden suplantar a las de Michoacán, why not? Aquí, la mirada "es lo único del hombre que vuela, pues lo demás es la carne" (cabe señalar que el único texto que quizá salga del esquema del libro es el que contiene este capítulo, titulado *Observación a las cinco de la tarde*).

Intento vano de condensación, redundancia de la luz como una veta ya muy fatigada y fatigante, retórica de la nitidez y la claridad, ejercicio indiferente, elaboración fetichizada de una pretendida "pureza", la poesía de Homero Aridjis se desborda en la vacuidad. Recobrar el aliento le presupone un cambio definitivo en la dirección de su obra.

Roberto D. Ortega

Homero Aridjis, *Vivir para ver*. Las dos orillas, Editorial Joaquín Mortiz, S. A., México, 1977, 125 pp.



libro que reúne 12 cuentos cortos donde, por el título y temas, se pretende revitalizar y dar forma a un género poco presente en México, el gótico. La autora retoma el esquema clásico del cuento de terror: la narración se inicia introduciendo al lector a una atmósfera particular y extraña, la anécdota o tema principal se entrevé desde un principio, pero el refuerzo esencial se encuentra en los finales que son generalmente avocados al asombro y la sorpresa. Los textos aparecen saturados de demonios y fantasmas que buscan acomodo en un mundo específico de obsesiones femeninas.

Característica del cuento es la capacidad de la acción narrativa para rendir constancia del hecho particularísimo mediante el cual el hombre da, del universo en que forma parte, una imagen poética. Los textos de Amparo Dávila muy pocas veces alcanzan la belleza y la profundidad de la poesía como "investigación del mundo", a excepción de momentos breves en los monólogos de Griselda y otros, la prosa torpe y descuidada da paso a secuencias que se quieren poéticas y resultan abrumadoramente cursis: "era un hombre en toda la extensión de la palabra. . ." "breves lucecitas cuando algo gelatinoso y caliente empezó a correr entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio sobre el piso un ramo de amapolas deshojadas", "La fatalidad se imponía y eran sus víctimas", etc. . .

Podemos decir que el error principal de *Arboles petrificados* es la falta de unidad y congruencia de una problemática y su realización narrativa. Los cuentos participan de una serie de obsesiones personales que no se salvan de la anécdota y el interés individual, una problemática incapaz de producir asombro. Una tras otra aparecen obsesiones

que no se definen ni se ubican en los planos narrativos que aborda el autor.

Primeramente es la equivocación de género y estilo. Quizá más que en ningún otro género en el cuento la etimología de la palabra *narrar es el motor y la esencia*, narrar proviene de refero, entre cuyas acepciones figuran las de restituir, restablecer, retroceder, volver hacia el origen.

El cuento requiere una reducción del campo narrativo análoga al estrechamiento de conciencia que acompaña a las ideas fijas; en los cuentos de Amparo Dávila las ideas se dejan inconclusas la mayor de las veces, o en el peor de los casos se resuelven con demasiada facilidad.

El primer cuento del volumen, "El patio cuadrado", es el más pretencioso en forma y contenido, sin embargo uno de los menos logrados. Historia amorfa que plantea la búsqueda de la existencia, la razón de vivir, el paso por la literatura, el constante asedio de la angustia, el sueño y la muerte. La historia no es lineal y trata de alcanzar diferentes realidades; el transcurso de un plano de vida a otro metafóricamente expresado en encuentros con "*existencias inexistentes*" que atraviesan la razón de la vida y llegan a manifestaciones metafísicas y filosóficas para explicarla.

El argumento es premeditadamente caótico: una mujer sentada al borde del crepúsculo al lado de Horacio. La atmósfera se presenta pesada y con un sabor a vacío. Horacio se dirige hacia un hombre en situación suicida y es él el que muere (¿la trasposición de la muerte en los hombres?). El personaje central es un narrador femenino que comienza el viaje hacia sí mismo. Del umbral de la razón a la explicación del hombre. El cuento goza de pocos momentos lúcidos y apreciables, desde un principio define las reglas que han de servir de guía; el mundo onírico, el paraíso del sueño y la invención.

El segundo cuento, "La rueda", es el deseo de ahondar en el fenómeno de la temporalidad y la existencia. *La rueda* es una alusión a la forma elíptica y repetitiva del hombre en el tiempo. Narrado en primera persona, una mujer sale del Sanborn's de Niza. En la calle de Hamburgo en una tienda, frente a un espejo, un hombre se para al lado de ella ¿Marcos?!. Ambos personajes salen a la calle, ella: "Presas de ese terror que entra en la vida por las puertas del alma." Al atravesar la calle un abismo se abre a sus pies (nuevamente imagen del inesperado acceso al mundo interior) y caen a unas *arremolinadas pro-*

Prosa petrificada

*Arboles petrificados** salido a la luz hace unos cuantos meses y ahora consagrado bajo el rubro de Premio Villaurrutia, es un



Homero Aridjis

fundidades. Aparece la problemática de Eros y Thanatos, la angustia y una apresurada búsqueda de la superficie, salir “a la luz, al sol que amo, a esas pequeñas cosas que se nos dan sin tributo”. Entonces se pasa al descubrimiento de Marcos como un hombre muerto que regresa (¡uuuyyyy!) y *del terror se va al melodrama*; una mujer insatisfecha de la vida que aboga por no morir y expone *argumentos tan contundentes* como: “antes de morir quiero conocer muchas cosas en las que he soñado siempre, países, mares, ruinas, sitios hermosos, todo lo que alimenta el espíritu... un hombre en toda la extensión de la palabra (¡gulp!) y no sólo fragmentos y despojos de seres humanos... sentir el amor y gozarlo, comprobar que existe la ternura verdadera y sencilla...”

Bajo anécdotas que más bien dispersan un posible tema, la autora lleva la narración a un *momento* (computus) que en lugar de convertirse en realidad literaria se falsea por la facilidad de la resolución. Todo lo que acontecía era producto del sueño: “al tiempo que experimentaba una gran alegría, la alegría de estar viva aún y no muerta, o camino hacia la muerte como en el terrible sueño recién terminado”. La mujer despierta a la realidad, lleva a cabo el arreglo matutino, le pregunta a la doméstica sobre recados o telefonemas y recuerda la cita para desayunar con su amiga Teresa en (¡vaya premonición!) el Sanborns de Niza. Se reúnen las dos amigas y transcurre el desayuno “entre comentarios de la última película, de la barata del Palacio de Hierro, de la carta de Luis Mario, de los zapatos de Pertergaz que son un verdadero primor y tan cómodos, y quedando en vernos el sábado a las siete de la noche para ir a la exposición de pintura francesa”. Teresa sale primero del restorán por su prisa de llegar al trabajo. Entonces el tiempo se encarga de transportar al narrador al principio del cuento: una mujer sale del Sanborns de Niza. En la calle de Hamburgo en una tienda, frente a un espejo, un hombre se para al lado de ella ¡¿Marcos?! etc...

En realidad el libro *Arboles petrificados* es un solo cuento dividido en doce partes, donde las obsesiones y los problemas son siempre los mismos con diferentes matices, y que convierten los relatos en una narrativa que se repite hasta el cansancio.

Lo mejor, sin duda, del volumen es el titulado *Garden Party*. Es la historia de Rogelio, un burócrata mediocre, que con bastantes dificultades consigue por parte de su amigo Oscar una invitación a una lujosa

fiesta, en casa de industriales de renombre. Para Rogelio esto significa “la oportunidad de su vida”, la opción de un mejor trabajo para no “terminar tus días en ese miserable puesto, con un sueldo infeliz que no te alcanza para nada”. Sin embargo el hombre llega a la fiesta perdido en alcohol causando el repudio y la crítica de la “gente bien”, y en un momento entre metafísico y abrumador se suicida ahogándose en la piscina, mientras la fiesta alcanza su apogeo. La narración del borracho es alternada con monólogos interiores de este mismo, donde aparece una problemática amorosa y social. Dicha alternancia da fluidez al cuento y permite ubicar al personaje en una concepción específica.

Hay otro, curioso “Oscar”, que es la historia de una especie de Frankenstein-niño salvaje-GasparHausser-monstruo comic, sin llegar a trascender ninguno. Teresa vuelve a su casa provinciana después de trabajar un tiempo en la capital. Cuando regresa todo es igual que siempre; un padre autoritario, una madre noble-ama de casa, dos hermanos inocentes y hacendosos, y Oscar que sigue en el sótano recluso y temido. La enfermedad insinuada y jamás conocida de Oscar se agrava hasta el nivel de ser causante de la muerte del padre, de la madre y del incendio de la casa, del cual logran huir Teresa y sus otros dos hermanos. Esta es una de las historias que se conocen sin haberla leído. Todo tipo de desenlace es previsible, desde el momento de leer las cuatro primeras páginas el argumento se conoce de antemano.

Estocolmo 3 es el terror zonnarrosino. Tiene la fuerza de los malos programas de televisión de suspenso. La visión del fantasma, aún cuando sea una muchachita delga-



da y guapa, que se aparece en la casa alquilada es común y a estas alturas bastante anticuada.

Asimismo, en las últimas dos historias el deseo de convertirlas forzosamente en cuento de terror, origina que la autora caiga una y otra vez en el lugar común y la resolución fácil: “y clandestinamente en esta noche que empieza a caer sobre pedazos”. “No sé bien lo que te estoy diciendo, he caído dentro de un remolino de sorpresas y turbación.”

Cito a Susan Sontag: “Lucrecio veía al hombre desgarrándose entre el placer del sexo y el dolor de la falta de emociones, atormentado por supersticiones inspiradas por la religión, acosado por el miedo a la decadencia y muerte corporal. Aconsejaba el conocimiento científico que enseña una liberación inteligente, una ecuanimidad. Para Lucrecio el conocimiento científico es un modo de gracia psicológica. Es el camino por el que aprenderemos a soltarnos.”

Este modo de *gracia psicológica o conocimiento*, de soltarnos, es en la literatura la capacidad de penetrar cada vez más en el mundo del hombre y transformarlo, de buscar su libertad. Todo buen libro transforma nuestra posición frente al mundo. Y es precisamente esta forma de abordar el mundo, este quehacer de desentrañarlo lo que no logran los cuentos de *Arboles petrificados*, que como oficio o trabajo artesanal pueden atribuírsele imperfecciones fáciles de ser excluidas, que no obstante mucho tienen que ver con la incapacidad de los textos para transmitir y conmover.

Víctor M. Navarro

* Amparo Dávila, *Arboles petrificados*. “Nueva narrativa hispánica”, Joaquín Mortiz, 1977.

